

Estampa

—Date un paso al frente, valiente—le dice otra voz.
Suenan más tiros.
—¿No eras tan bravo?
Era... Ya no er nada. Ya no es más que una masa de carne sangrienta, caída sobre los guijarros...

JUAN FERNÁNDEZ, SALE

Pero los que le acaban de matar saben que dentro de la casa queda gente escondida, y no se deciden a asaltarla.
—¡Salid!—gritan desde la puerta.

A un amigo de Franco y de los que quedan dentro, a un muchacho, le obligan a hacer de parlamentario.

—¡Que salgáis—vocea el muchacho—: que no os pasará nada!

Pelayo Orejón no quiere salir.

—¡Que salgáis, que no os pasará nada!—vuelve a decir el chico desde abajo.

Pelayo sigue resistiéndose, pero Juan López se decide.

—¡P..., sal!—le gruñe a su compañero, mientras se adelanta hacia la puerta—. ¿No oyes que no nos pasará nada?

A medio camino se detiene un instante, asaltado por una súbita pesadumbre.

—¿Y mis hijos?—le oye murmurar Pelayo Orejón—. ¿Qué será de mis hijos?

Luego, se rehace y sigue andando.

—Frente a la puerta de la calle—cuenta Pelayo, que marchaba a regañadientes detrás de él—no había nadie; a los lados se veían manos con pistolas. Juan, al aparecer en la puerta, gritó: "¡Por Dios, no me tiréis!" Entonces le hicieron una descarga y él cayó hacia atrás, en el portal, muerto...

LA MUERTE DE CORONADO

Son las nueve y media de la mañana. El sitio, asalto y saqueo—porque han robado el dinero que había en ella—de la casa de Aurelio Franco ha durado una hora. El grupo marcha ahora contra la casa de otro de los adversarios del alcalde, que se llama Liberio Coronado. A un amigo suyo que prenden en el camino, Timoteo Navarro, le colocan un hacha en la mano y le mandan que la descargue sobre la puerta de Coronado, que está cerrada. Frente a los cañones de las escopetas que le apuntan, Navarro deja caer una o dos veces el hacha sobre la casa de su amigo, pero se le doblan las rodillas, medio desvanecido, y el hacha se le escapa de las manos... Uno de los enemigos la recoge y raja la puerta. A empujones echan



Los niños, hijos de Liberio Coronado.

a Navarro por delante, y tras él penetra el grupo en la vivienda. No hay nadie. No se puede hacer más que saquearla y la saquean. Por el corral saltan a la casa vecina. Tampoco allí está el perseguido. Al fin, en otra casa inmediata, dan con la casa. Primero encuentran en el pasillo a un hijo de Coronado, un muchacho de catorce o quince años, que tiene en brazos a un hermanillo. Los tiran al suelo y los registran. Algunos les apuntan con las pistolas y escopetas.

—No los matéis, que son pequeños—dicen algunos—. ¡Al padre, al padre!

Al padre, que estaba debajo de una cama, abrazado a su mujer y a otro hijo de ocho o nueve años, lo traen arrastrando.

—¡Perdón! ¡Perdón!—grita la mujer apretándose contra Liberio. La agarran y tiran de ella para se-



La cama de donde arrancaron a Aurelio Franco.

—Bueno—vuelve a decir el jefe—. Vámonos ya. Son las once de la mañana.

Estas escenas, que parecen de 1825, han ocurrido en un pueblo español, en Castellar de Santiago, provincia de Ciudad Real, el día 12 de diciembre de 1932.

PEDRO ARENAS

(Fotos Erik, Vry y del autor.)

Teléfono de ESTAMPA. 18340

CALLOS Junetas, ojos de gallo, verrugas y durezas desaparecen en tres días usando el patentado **UNGÜENTO MAGICO**

En todas partes: 1,60 pesetas. Por correo: 2 pesetas. Farmacia Puerto. Plaza San Ildefonso, 1 MADRID



«Me hicieron levantar los brazos...»